

# El 1er. Salón de Mayo o la convivencia

La más interesante experiencia de este 1<sup>er</sup> Salón de Mayo es la convivencia entre los muertos, los demasiado muertos, y los vivos, y por qué no, los demasiado vivos. Las posturas extremas están representadas en uno y otro campo, desde una obra de Comméleran hasta un complejo metálico y extrapictórico de Cuixart. Convivencia a expuertas. Comprensión y avance en común. Este avance en común resultará frustrado antes de alcanzar su objetivo, ya que, por el camino quedarán muchos de los muertos,—no hablemos ya de los que lo son demasiado—, y aquellos que por demasiado vivos, han querido superar conceptos pictóricos, en obras cuyo carácter es una individualidad cruenta, envuelta en una nada sin límites.

El Salón ha sido organizado por la A. A. A. (Agrupación de Artistas Actuales), grupo fundado hace poco, que inician con esta su primera salida en público, una convivencia estética de la que en un principio no les veíamos capaces. Ha llegado ésta, y confesamos que no podemos prever las consecuencias, como no sea remitiéndonos a las primeras palabras que llevamos dichas. Esperemos de la continuidad del Salón, para poder dar cuenta de hasta que punto esta unidad de convivencia es un hecho positivo y de valores absolutos. Aparte de esto, creemos también una cosa, y es que los artistas de ahora no necesitan para el avance de su arte tener entre ellos estas tendencias cuyo enervante estatismo es incapaz de dar obras que satisfagan a los que viven respirando hondo nuestro tiempo. En cambio aquellos tienen necesidad de la contemporización, ya que la misma es apta para prolongar su agonía, que no por lenta se presenta a los ojos de todos como menos cierta. Quizá este salón experimente el fenómeno, en años venideros, del abandono por parte de aquellos que no se ven apoyados por las razones de tiempo, y que en su incomodidad, encuentran un motivo para el resentimiento y el abandono de un campo, que ya en su tiempo pisaron, y en el que ahora sólo les es dable encontrar terreno árido.

En cambio, a los que llamamos «vivos» y también a los «demasiado vivos» les asiste en parte el factor actual, y la tremenda responsabilidad de no falsear la estética de su época, de no sacarle hondura, dejándola solamente en incómodos pañales de originalidad y de cosa nueva. Lo nuevo, que lo es hoy, pero que mañana ha aparecido un concepto que lo supera, no en claridad, pero sí en interés momentáneo y discutible.

Hogamos un breve resumen de lo que hemos visto en este primer salón de Mayo, teniendo bien en cuenta que no queremos establecer en ningún momento un orden de preferencias, y menos discutir el fallo que daremos al final de estas notas.

Jordi Mercader, del que hemos hablado hace poco en estas mismas páginas, en un proceso de materia perfecto y concluso. Ibars, con este su mensoje de paz de siempre, redoblado en esta ocasión en su figuración de niños. Hernández-Pijoan cromatismo esencial, sin recursos extrapictóricos. De Fin, destaquemos su sequedad de materia. Fradera, con un esencialismo metafísico, en el que tiembla el concepto originario de pintura. Alev, con su ya proverbial facilidad expositiva. La conciencia

extrapictórica de Tapiés, continua en la obra que presenta, profundizando en sí misma, ¿hasta dónde pretende llegar este artista? Guinovart, integral y esencialmente humano en esta «Procesión de Verges» que presenta, cuyo todo cristaliza en intencionalidad cubista. La originalidad técnica de Ferrer Ferrer. Fontanet, íntegro y colorista, nada más Brotat, con sus retablos, primitivos y atávicos, sus figuras estáticas como muertos vivientes, de un mundo fieramente individual. En José María Martí hay un interesante estatismo lineal y de color. Abelló, en su denso expresionismo. El humanismo integrador de Surroca, al que se asoma con insistencia el cromatismo y el problema de Rouault. Planasdurá abstraccista e idílico. Saura, inarmónico e informalista vehemente. Magda, un pesimismo hecho pintura, y una pintura de una mujer preocupada en los problemas de su siglo. Interesante experiencia la de Bechtold en grises, negros y blancos. Furriols, calcárico. Millares asoma una insistencia mironiana en su obra. El metalismo fibrátil de Todo. Una obra de Jiménez Balaguer íntegramente acabada. Siao-Chin, interesante constructivismo cromático, en verdes, negros y cadmios. Cuixart asoma con una obra metálica, al margen de todo complejo emotivo ¿Es uno de los «demasiado vivos»? No afirmamos ni negamos nada. La época necesita del esfuerzo de todos. Faber en un interesante abstraccismo poético. Vila-Casas, agónico, de agonía lenta y macerada. Roger, constructivo y lógico. María Jesús de Sola en un complejo conjunto modiglianesco. Rafols, cezariano.

Estos, entre otros son los pintores, vamos ahora con los escultores. Eudaldo Serra nos presenta una alucinante joya prehistórica. Marcel Martí en una agonía de la materia. Clara, el de siempre. Volúmenes aristales de Riu Serra Subirachs en su arístal crudeza de volúmenes y masas. Martí sabe con sus formas que pesan, ágiles por la emoción que las mismas encierran. Paradoja del arte. Estos son los escultores, quizá nos dejemos alguno—pocos— Vamos con los premios. Los mismos han sido los siguientes:

Premio Juan Gris: Jaime Mercader, cuya obra recia e íntegra, temas del campo de Tarragona, comparáramos a la que han hecho Benjamín Palencia en Castilla, y Ortega Muñoz en Extremadura.

Premio Julio González: Angel Ferrant.

Medalla Miguel Lerín: Eduardo Alcoy, honda problemática de espíritu, en sus composiciones no figurativas.

Premio Torres García: Muxart.

Premio Manolo Hugué: Eudaldo Serra.

Estos son los premios, vamos hacia el punto final.

El Salón de Mayo en su primera exposición cara al público, ha convivido, confiemos que esta convivencia sepa ser bien entendida, y confiemos también en que el año próximo, no tendremos que ver según que obras, cuyos autores de las mismas, nos consta, ha sido para ellos una verdadera sorpresa, el avasallador vanguardismo de algunos de sus compañeros de esta feria pictórica de Mayo. En ella han concurrido desde la más humilde margarita, al imponente y vitálico girasol. Confiemos en la convivencia hasta cierto punto, y confiemos ya por último, totalmente en lo otro,

Luis Bosch C.